
CAPÍTULO XI

Noviembre

A medida que se acercaba el fin de año, tanto más á menudo pensaba en que habría ya abandonado la *Carroza di Tutti*, que había sido durante tanto tiempo mi pensamiento fijo; y presentía que aquellas jornadas diarias serían tristes para mí como para los novelistas separarse del mundo de su novela, con la diferencia de que yo no me separaba de fantasmas, sino de gentes vivas. Indudablemente continuaría frecuentando el tranvía, y vería también á mis personajes y las escenas y casos curiosos que ya había presenciado, pero con la mente ocupada por otros pensamientos, no observando sino al acaso, no haciéndolo ya con el propósito fijo, no

aguzando el oído, ni buscando, ni interrogando á mis personajes familiares, como lo había hecho antes, y todos irían desapareciendo de mis ojos para volver á entrar de nuevo, acabando por perderse entre la multitud.

Sí, con el año noventa y seis habría terminado un año verdaderamente singular de mi vida, y aunque deseaba su fin para volver á reconquistar mi libertad de espíritu, hubiese querido al mismo tiempo que se alargara el año, y por eso, sin duda, multipliqué los trayectos en aquel último período, y busqué y observé con acuidad más grande, acontecimientos y personas como para vivir más intensamente y prolongar en mi pensamiento el breve período de tiempo que me quedaba. Entretanto, habiéndose descubierto algunos de mis designios, empezaba á verme mirado por los cocheros y cobradores con una expresión insólita de curiosidad, bastante distinta de la manera como antes me miraban.

Algunos, cuando les interrogaba, me miraban con aire de estupor cómico, como á un animal raro ó como á un loco quizá, que pensara hacer de ello una cosa estrambótica, inaccesible, á todos los esfuerzos de su imaginación. Otros pensaban, quizá, que quería yo dar una gran batalla con la *pluma* en favor suyo, y queriendo demostrar que me ayudarían en mi propósito, me soltaban á la mener pregunta un discurso interminable acerca de la paga escasa, de las exigencias de la empresa, sugiriéndome propósitos de reformas, y argumentos de orador tribunicio.

Algunos encontré también que sospechando que

yo pudiera ser un empleado de la policía de la *Belga* ó de la *Turinesa*, una mala persona, que con el pretexto de escribir una novela, quisiera hacer hablar á los empleados acerca del concepto que les merecía la Administración que les empleaba, se mantenían en guardia á la más inocente de mis preguntas, aunque no pudiera remotamente tomarse como un argumento para hacerles hablar de la Compañía, respondían afirmando que no sabían nada de lo que les preguntaba porque no lo habían advertido, que solamente procuraban cumplir con su deber, que estaban bien considerados y que... ese *y qué* quería decir:

—«No me he tragado el anzuelo, busque usted otro.»

Quien acertó mejor mi pensamiento fué Carlín, quien durante la primera noche de Noviembre, en el tranvía de las afueras, se plantó enfrente de mí sonriendo, y con el aire de quien ha descubierto en un amigo la intención de burlarse de él:

—¡Ah!—me dijo,—¿quiere usted ponernos á todos en verso?

*
*
*

Aquel que busque un espectáculo curioso, no debe dejar de hacer un trayecto en el tranvía durante el día de Todos los Santos, pudiéndose ver

entonces una gran multitud, cosa que no es frecuente en Turín.

Por el paseo Margarita, por todas las líneas que van al centro de las orillas del Dora, sobre el puente, sobre los caminos del Parque Regio, por todos los senderos y travesías se advierten cien procesiones humanas que se dirigen al cementerio, cien torrentes y arroyuelos negros que llevan entre sus ondas lentas una profusión admirable de flores, como si hubiesen despojado en su carrera todos los jardines de las cercanías de Turín. El tranvía rompía en dos aquella gran muchedumbre de gente, familias numerosas como tribus, en las que se advertía así el abuelo, encorvado por los años, como el chiquillo que va de la mano de su padre, precedidos por otro hombre más robusto, que llevaba una gran corona, filas de hombres y mujeres con coronas pequeñas en las manos, que se abrían en ala por un momento al pasar nosotros, mostrando infinita variedad de rostros pensativos, tristes, serenos, algunos marcados con las huellas de un dolor reciente, y los más, delatando la indiferencia y el hastío, y toda aquella gran multitud caminaba en silencio como un ejército desarmado y prisionero. En la jardinera había un verdadero montón de coronas y guirnaldas, puestas junto á la barandilla ó sostenidas sobre las rodillas de las señoras y de las mujeres del pueblo; algunas coronas de violetas, pensamientos y rosas, eran muy hermosas. ¡Oh, *coche de todos*, pequeño panorama del mundo por diez céntimos!

Estando de pie en el fondo, ví dentro del vano de una gran corona de mirtos y de siemprevivas, las

cabezas de un joven y una muchacha que se arrullaban en el banco delantero, y aquel idilio encerrado en el marco de una corona fúnebre, me hizo pensar en aquellas otras palabras de amor que se habrían cambiando en otro tiempo, y en tantos enamorados que habrían visto truncado el curso de sus amores por la guadaña de la muerte. Una pobre mujer sentada delante de mí, tenía entre las manos una pequeña corona de crisantemas y violetas de poco precio que debía estar destinada á un niño; hablaba con voz dolorida á su marido que no la contestaba.

¡Qué compasión me inspiró! Por algunas palabras que oí, se comprendía que la corona le parecía demasiado pobre é indigna de su querido muertecito, y que acusaba á su marido de avaricia cruel, y del dinero que había gastado en la taberna en lugar de comprar una corona más hermosa.

— ¡Pobrecito! — decía. — ¡Pobrecito hijo mio!

Su acento de compasión y tristeza llegaba al alma, y miraba la corona que tenía entre las manos, con el aire de una niña desilusionada y humillada por el regalo largamente anhelado, lanzando ojeadas de envidia y tristes á las otras coronas más grandes y ricas que estaban á su alrededor. Con estos pequeños dolores se sufre á veces más que con los grandes, y causan más pena. Debí volver me al otro lado, cuando la pobre madre bajó en el puente Benne; debí mirar hacia el paseo San Maurizio, de donde llegaba otro tranvía lleno de gente y de coronas, cortando una gran procesión, larga, que venía de la calle *Rossini* á la de *Reggio*, pare-

cía también un torrente, sobre cuyas aguas flotaban todas las flores destrozadas que había en sus orillas.

* * *

Hice el mismo trayecto el día de Difuntos, pero la gente era poca y velada por una niebla espesa, entre cuyas ondas, las filas de gente más lejanas, aparecían como procesión de sombras que viniesen desde la ciudad al cementerio, después de haber rezado ante la tumba de sus deudos ó parientes. Parecía una tarde de invierno. En la jardinera iban pocas personas.

Toda mi atención se fijó en una cosa. Estaba sentada en uno de los últimos bancos una señora de unos cuarenta años, que llevaba vestido de seda negro, ajado, con un sombrero negro y una pequeña corona de perlas negras entre las manos, sobre la cual se veían dibujadas dos iniciales. Las rosas que llevaba en su sombrero, aunque pálidas y ajadas, parecían frescas y de un color vivo, compara

das con la palidez cadavérica de su rostro, chupado en las mejillas y seco como el de una momia, y sobre el cual brillaban con llama febril dos ojos dilatados y fijos, expresando un dolor mortal, una tristeza infinita.

Aquel vestido marcaba las formas, no de un cuerpo, sino de un esqueleto, y sobre la piel de su rostro y de su cuello, se transparentaban las venas, como si fuesen las líneas de un escrito mortuario. La corona decía:

— «Estoy afligida.»

El vestido:

— «Soy pobre.»

El rostro:

— «Estoy moribunda.»

Parecía que llevase aquellas flores al campo santo para sí misma.

Tenía el aspecto de una joven vieja; era, sin duda, una señora que había quedado en la miseria, quizá sola en el mundo. De repente la dió un acceso de tos; con un brusco movimiento, apoyó un brazo sobre el respaldo delantero, inclinó la cabeza sobre su mano y se puso á toser, agitándose á cada golpe de tos, como si sintiera que un fuego abrasador la quemase las entrañas; y enarcando la espalda huesosa y el busto largo, tan ancho en los hombros como en la cintura, como un tronco de árbol encorvado, al que un fuerte golpe de viento puede tronchar.

Tosía y tosía sin descanso, con una expresión de abandono desconsolador, haciendo mover las rosas del sombrero, y teniendo la corona alejada de sí, en

el otro brazo para no estropearla. Tosía con una tos sibilante, fatigosa, implacable, que cuando parecía cesar un poco volvía á empezar de nuevo más dura, y como si no debiese acabar nunca, como si fuese un torrente de palabras confusas, la revelación apasionada de una larga vida de miserias y de angustias, una invocación ardiente, obstinada, desesperada hacia la muerte. Los pocos pasajeros que iban en el tranvía la miraban con expresión mezclada de piedad y de horror.

—Esta pobre,—dijo hablando en voz alta el cobrador,—no llega á Navidad.

—¡Bruto!—le dije con el corazón y con los ojos.

Un muchacho volvióse hacia ella y se puso á reír.

Finalmente, cuando el tranvía llegó á cien pasos de la plaza de la Benne, la desdichada cesó de toser, y levantando la cabeza miró si la corona se había ajado, palpándola con su mano de muerta; luego, como recordando de pronto el espectáculo que había dado, volvió hacia los vecinos su mirada velada, humilde, casi vergonzosa, como quien trata de dar una excusa de una ofensa involuntaria, y levantó hacia adelante un brazo, que parecía un hueco para hacer pasar. No puede juzgarse el corazón de la gente inculta por una palabra estúpida salida de sus labios.

El cobrador, que había dicho que no vería aquella infeliz la Navidad, saltó primero que ella del carruaje, y con un movimiento de respetuosa cortesía, la dió la mano para ayudarla á bajar. Yo no hubiese dicho las palabras que dijo él, pero no hubiese hecho lo que él hizo.

*
**

Durante los primeros de Noviembre sentí otra tristeza. Una mañana lluviosa y melancólica, subiendo en la plaza del Statuto, en el tranvía del Martinetto, encontré á Carlín, que me dirigió la palabra para expresar un caluroso sentimiento de admiración.

—¿Ha leído usted?—me dijo lleno de entusiasmo.

¡Qué Kossuth! Eso es un viejo de puño. ¡Desafiarse á su edad! Pueden decir lo que quieran; pero ya no nacen hombres de esa clase... Eso, eso me gusta. Había leído en los periódicos la noticia del duelo habido en Pesth, entre el diputado Kossuth y Ugrón, por una cuestión política, y creía que se trataba del padre de Kossuth, muerto hacía algún tiempo. Conocía al gran hombre por habersele enseñado una vez en el tranvía en la línea de la Carrera de Casale, y le parecía milagroso ciertamente que aquel hombre tuviese valor para batirse. Cuando le dije que el duelista era su hijo, y que el anciano

no á que se refería había muerto el año anterior, quedó estupefacto. Luego, habiéndosele esclarecido la memoria, y para disimular la vergüenza de su error, hizo girar la conversación sobre el talento de Chionio, el autor de *Pronósticos del tiempo*, quien había predicho que llovería aquel día.

—Hé aquí otro gran hombre, una cabeza que honra á Turín.—Entre tanto habíamos llegado á la calle Garibaldi. Pasada apenas la esquina de la calle de las Escuelas, el tranvía debió de detenerse ante el paso de una comitiva fúnebre: un mezquino coche mortuorio de tercera clase que llevaba por todo lujo una pequeña corona, precedido de una veintena de *figlie verdi*, y seguido de un sacerdote y de pocas personas, la mayor parte viejos encorvados que se ocultaban bajo los paraguas. Una cosa mísera y triste, más de lo que se podía pensar nadie, caminaba bajo aquella agua implacable por aquellas calles rumorosas, donde ninguno se volvía siquiera á mirar, en mitad de aquellas paredes tapizadas de anuncios teatrales, lavados por la lluvia. En tanto que notaba que la mayor parte de aquellos viejos llevaban una flor en el ojal, ví de repente bajo el carro un pequeño perro que creía reconocer... Sí, era *Ciuchetto*. ¡Oh, pobre veterano mío! ¡Era él á quien llevaban al cementerio! Y, efectivamente, volvíme para mirar la puerta de donde había partido el carro mortuorio, y ví que era el número 43, la casa de donde había visto salir tantas veces al buen viejo, con la mano en alto para indicar al cochero que parase. ¡Pobre veterano mío! ¡Le había encontrado la última vez tan contento de su estancia en el lago de Avigliana, y hablando del

matrimonio del príncipe de Nápoles, que me parecía imposible que hubiese muerto. Y aquella misma mañana, en aquella misma hora y en aquel mismo sitio, había hecho parar el tranvía, pero no alzando la mano para indicar al cobrador que parase, no para subir á él: había subido sobre otro carruaje todo entero para él y que se dirigía fuera de las murallas; y su pobre *Ciuchetto*, su último amigo, le acompañaba por última vez, quedando solo y sin pan, como tristemente había previsto el buen veterano. Este había ya cumplido su camino y el pobre viejo iba á descansar en paz; pero aquel pobre perro, lleno de lodo, que iba á la cabeza del cortejo como el pariente más próximo, abandonado y triste como un huérfano, inspiraba más compasión que el carro fúnebre que se llevaba para siempre á su amigo, y durante un gran trecho no pude apartar mi imaginación del pobre perro que, indudablemente, debería volver solo del cementerio á la gran ciudad, donde ya no tenía techo, y donde no le amaba ya nadie.

*
*
*

Fué el maestro de los sonetos el primer encuentro agradable del mes, agradable no por su mérito, sino por la gracia del caso. Le ví en un momento

bueno para él, hacia la caída de la tarde de un día festivo sobre la plataforma de un tranvía donde había ya más pasajeros de los que cabían, apretados de tal manera, que no hubiese yo podido hacer el más insignificante acto de defensa; pero con gran sorpresa mía no me embistió de pronto. Estaba de un humor horroroso, con los bigotes erizados como las púas de un puerco espín, furibundo contra el director de un periódico literario que había rehusado sus versos; un asno, que había «desechado» en canto anónimo de Leopardi, y llenaba en cambio las columnas del periódico de porquería.

—Debe usted conocerle,—dijo sin intención de molestarte,—pues ha publicado varias cosas suyas.

Creíame ya libre de todo soneto, cuando añadió:

—Oiga usted lo que ha despreciado... Un soneto que es un verdadero poema en catorce versos... Me consideré perdido; pero me salvé. Subió en aquel momento á la plataforma, riendo sonoramente, una hermosa muchacha rosada, desvergonzada, tan abundante en carnes como en pelo, graciosa, y como si tuviera los diablos en el cuerpo, la cual se metió, quieras que no, entre aquel montón de carne humana, y cortó en boca del poeta el primer verso. Trató de entrar por la puerta en el interior y no pudo conseguirlo, lanzando entonces una frase no muy alta ni muy decente; luego volvió hacia atrás, y á derecha é izquierda y en medio minuto incomodó á todos, rió con todos, y á cada sacudida del tranvía caía tan pronto sobre uno como sobre otro pasajero, que la aguantaban riendo y dirigiéndola frases atrevidas, á las que contestaba ella con una

carcajada, haciendo oler á todos los cabellos y su hálito. Fué un espectáculo hermoso que produjo el centellear de los ojos de todos, sin distinción de edades ni de clases. Parecía la caída de una cerilla en mitad de un rastrojo. Había á su alrededor operarios, padres de familia, un consejero del Tribunal Supremo con una cara que parecía el frontispicio del Código, un viejo empleado de la Intervención de Hacienda, estudiantes que se habían mirado de través hasta aquel momento, y que ya se habían reconciliado ante aquella muchacha; en todos los ojos leíase la misma chispa como sintiendo un deleite común, al igual de las gentes que beben juntas chorreando los vasos. ¡Eterno femenino! Hasta el poeta atacado por el contagio tenía fijos los ojos sobre aquella cabellera descompuesta é incitante, que de vez en cuando tocaba sus mejillas, y me pareció que alguna vez se velaban sus ojos y hacía un movimiento indagatorio con las rodillas; pero al mismo tiempo leí en su boca la expresión de otro sentimiento; era un sentimiento de despecho, una humillación amarga, al pensar cuán poca cosa debía ser la potencia de su poesía, su consuelo y orgullo, puesto que bastaba la aparición de cualquiera muchacha llena de calor, no solamente para distraer á los otros de escucharle, sino para llenar su propia mente de un orden distinto y cambiar por otro el fuego sacro que sentía por la poesía. Cuando la muchacha, después de haber lanzado una ojeada burlona que mostraba la conciencia del efecto que producía, bajó de un salto, abrió el poeta la boca

para volver á empezar, pero bajando yo también, no tuvo sino el tiempo necesario para lanzar la primera mitad del primer endecasílabo, que me quedó clavado en la espalda como un dardo roto.

*
* *

El segundo encuentro fué con Desbottonass, en la tarde de un domingo en el paseo Cairoli, en un estado miserable. Subió á la plataforma sostenido por su mujer, gris y triste como el cielo, y apenas estuvo arriba, se aferró al montante y resistióse obstinado en no atender las súplicas de la mujer que quería llevarle hacia dentro por temor que se cayera. Quedóse allí agarrado con una mano al hierro, y apoyada la otra en la barandilla, tambaleándose su cuerpo apenas sostenido por sus enflaquecidas piernas, fijando estúpidamente la mirada sobre los carriles, que le parecían huir en dirección contraria al tranvía, como hubiera marchado un agua corriente, y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Había decaído mucho desde la última vez

que le ví en la línea de la Crocetta. Tenía el rostro colorado y reseco, empequeñecido como el de un muchacho; la boca abierta y torcida como si no hubiese nunca masticado, con una expresión de desprecio y de náusea, de la cual se escapaban palabras involuntarias como si contestase continuamente sí ó no, á las preguntas de un fantasma.

El pobre ya no servía para discutir de política; no podía alabarse de pertenecer á la *oposición*, pero era más triste el espectáculo de su mujer, en cuyo rostro se veía un resto de cariño por él, á pesar del odio que contra el destino suyo, bien triste, le había hecho poco á poco sentir aquel hombre, obligándola á llevar una vida de suplicio como un prisionero encerrado en la celda de un loco. En un momento dado, el hombre levantó la cabeza y me miró con una mirada de estupor profundo, como si se hubiese abierto el cielo ante él, una mirada tal, que pensé en seguida que era imposible que me reconociera. Luego sonrió con una sonrisa estúpida, en la cual se transparentaba la intención de una burla provocativa, y movía los labios como para vomitar una injuria que no pudo articular. Hallábase en aquel punto, en el cual el veneno acumulado del alcohol se transforma en un borracho, en un odio contra todos, es decir, en el deseo de *ofender* al primero que encuentran en su camino, sin razón, y nada más que por complacer al demonio que les muerde las vísceras. Al ver aquel espectáculo, al contemplar al hombre destrozado, pensaba con compasión inmensa en aquel pobre sér que se había batido por su país, que había admirado y ama-

do calurosamente á los hombres políticos, que un solo recuerdo mío á su Garibaldi, había bastado para avergonzarse de un acto brutal; pero pensaba asimismo que ahora, aunque hubiese estado menos borracho, ninguna palabra, ningún recuerdo hubiera despertado sus sentimientos del pasado: ni de soldado, ni de patriota, nada hubiese sido suficiente para despertar en él ningún sentimiento noble, ni para despertar en su inteligencia ninguna memoria. Y continuaba lanzándome miradas con aquella expresión estúpida en los labios babosos moviendo la cabeza con ademán de desafío, intentando y no logrando lanzar fuera el insulto que se movía en su garganta, como el catarro de un moribundo en la larinje abrasada del bebedor empedernido. De improviso, como si hubiese sentido una sacudida en las piernas, se dobló y cayó sobre la plataforma. Su mujer dió un grito y se inclinó para levantarlo, desahogándose en atroces palabras, que expresaban la rabia y el dolor hasta entonces comprimidos.

—¡Asqueroso! ¡Asesino! ¡Ya te lo había dicho! ¿Esta es vida propia para una mujer? ¿Tú quieres hacerme morir á fuerza de disgustos, eh? Arriba, levántate, puerco, bestia, arriba.

El cochero paró; el hombre fué levantado por él y por el cobrador; bajáronlo del carruaje y le pusieron sobre la acera y el tranvía reemprendió la marcha. Vi todavía durante un rato el cuerpo inerte, tendido como un cadáver, con la cabeza desnuda caída sobre el pecho, y al lado suyo la mujer que continuaba gritando con el puño tendido, como si esparciese en el aire todo el odio de su sexo, contra el veneno infame, que cambia la casa en infier-

no y da hijos maldecidos, predestinados al hospital, al lupanar ó á la cárcel. Luego un grupo de gente le ocultó á mi vista. Y presentí que no le vería ya más.

*
**

Relucía el sol como el oro bajo un cielo de Noviembre, terso y pulido como el acero. Subiendo en la línea de la calle de Francia encontré de pie en la plataforma posterior con su saco inseparable á la anciana de Pozo de Strada, no transformada, como decía Giors, pero sí con el rostro agrandado, los ojos más dilatados, y como si se hubiesen borrado las arrugas de sus mejillas. Transparentaba todavía su mirada un pensamiento fijo; pero este pensamiento era:

—Estoy vivo;—había todavía en aquella frente una sombra de tristeza, pero de una tristeza en la cual el hijo suyo no se le aparecía ya tendido en tierra y ensangrentado, sino de pie, con los ojos tendidos hacia ella, como si dijeran:

—¡Valor!

—¡Un día nos veremos!

Cerraba los ojos de cuando en cuando y su rostro expresaba entonces la voluntad de volver á la vida, después de tantos años como parecía haber estado suspendida, con la obstinación invencible de quien espera un socorro todavía lejano, pero seguro de que ha de llegar. Era el día quince. Son fechas que no se olvidan nunca. Estaba á mi lado un caballero con la espalda apoyada en la barandilla, y la *Stampa* entre las manos: aquella mañana no había yo leído el diario, cuando en una hoja que tenía desplegada, leí al principio de una columna un título en grandes caracteres que me llamó la atención:

—*La paz con Abisinia. La restitución de los prisioneros.*

Poco faltó para que le arrancara el diario de la mano. Miré á la anciana; ella lo ignoraba sin duda. Dije entonces al oído del caballero que aquella mujer tenía un hijo prisionero del Negus, y que no sabía que se hubiese hecho la paz, añadiendo que si me hiciera el favor de dejarme el diario la daría la noticia. El se volvió para mirar á la mujer, pero no me dió el periódico. Era también un artista del sentimiento.

—¡Diablo!—exclamó.—Ya se la daré yo mismo.

Y la apostrofó casi con violencia:

—Buena mujer, se ha hecho la paz. ¿No lo sabía? Hélo aquí. Aquí está el telegrama en el diario. La noticia há llegado esta noche, pero la paz está firmada desde el veinte y seis de Octubre. Esto quiere decir que vuestro hijo está libre desde hace

veinte días. Los prisioneros se han puesto en marcha para el Harrar, apenas se firmó el tratado. Se calcula que estarán dentro de un mes en el Harrar. En veinte días llegarán á Zeila... se embarcarán en Zeila el primero de año. Así, pues... antes que acabe el mes de Enero le tendréis aquí... ¿Queréis ver el periódico?

Que no hubiese comprendido nada, ó que la admiración suspendió en ella todo otro sentimiento, la vieja no dió en el primer momento ninguna señal de conmoción; tomó el diario, fijó la vista en el punto indicado, con una mirada muerta de analfabeta, y luego miró de pronto al caballero, arrugando la frente como para preparar su inteligencia á las explicaciones que sus ojos pedían.

—¡Oh, santa paciencia!—exclamó el caballero sonriendo.—Y sin embargo he hablado claro. Hé aquí la noticia por telégrafo. Está hecha la paz en Abisinia. Menelik, el rey de aquel país, restituye los prisioneros. Vuestro hijo está libre. ¿No tenéis un hijo prisionero allá abajo? Pues bien, dentro de un par de meses estará en Turín.

Entonces, finalmente, cambió su rostro de expresión poco á poco; y luego con un movimiento brusco volvió la espalda, apoyó la frente contra el montante, y se puso á sollozar, como escondiéndose, de igual manera que los niños se retiran á un rincón para llorar.

El caballero se puso á reír, pero con la boca contralida. Luego se inclinó para recoger el diario que la anciana había dejado caer, lo dobló cuidadosamente y se lo puso sobre el saco. Poco después levantó ella el rostro y sonríonos como si viera el